

## **VENITE ADOREMUS**

Extractos de las cartas pastorales de Mons. Javier Echevarría  
sobre la Navidad y el Año Nuevo

\* \* \*

Este libro recoge fragmentos de las cartas que, con periodicidad mensual, Monseñor Javier Echevarría escribió durante años a los fieles del Opus Dei, y que se han publicado en la página web de la prelatura.

Tras el fallecimiento del prelado el pasado 12 de diciembre de 2016, y con ocasión de la Navidad y del inicio de un nuevo año, hemos agrupado algunas reflexiones y consejos espirituales que ofreció Mons. Javier Echevarría sobre este tiempo litúrgico en las cartas de diciembre y enero, desde el año 2006 hasta 2016.

PRESENCIA CONSTANTE DEL SEÑOR

### Diciembre de 2006

Hemos de colaborar activamente en la instauración del reino de Dios en la tierra. Y hemos de llevarlo a cabo día tras día, en las incidencias de la vida corriente, preparando el constante advenimiento del Señor a las almas. No olvidemos, en efecto, que Jesucristo no vino sólo en la primera Navidad, ni se presentará sólo al final de los tiempos. Constantemente desea el Señor estar presente en nuestras almas, y cuenta con nosotros para santificar todas las realidades humanas nobles. Actúa así mediante la gracia de los sacramentos —especialmente la Confesión y la Eucaristía— y también mediante el ejemplo y la palabra de sus discípulos, de sus amigos (...).

A partir del día 17 de diciembre el horizonte [de la liturgia] se centra en la preparación inmediata de la Navidad. Caminemos, pues, hacia Belén muy pegados a María y a José. Ellos nos enseñan a tratar a Jesús con cariño y delicadeza, a seguirle, a enamorarnos de Él. Fruto de esa mayor intimidad será aquella aspiración que San Josemaría expresaba hace setenta y cinco años: «quiero que mi presencia sola sea bastante para encender al mundo, en muchos kilómetros a la redonda, con incendio inextinguible. Quiero saber que soy tuyo. Después, venga Cruz: nunca tendré miedo a la expiación... Sufrir y amar. Amar y sufrir. ¡Magnífico camino! Sufrir, amar y creer: fe y amor. Fe de Pedro. Amor de Juan. Celo de Pablo»[1].

\* \* \*

[1] San Josemaría, Apuntes íntimos (28-XII-1931). Cit. “El fundador del Opus Dei”. Tomo I. p. 314. Andrés Vázquez de Prada.

DIOS VIENE

## Diciembre de 2007

Detengámonos un momento a reflexionar, con palabras de Benedicto XVI, que la liturgia «no usa el pasado —Dios ha venido— ni el futuro —Dios vendrá—, sino el presente: "Dios viene". Como podemos comprobar, se trata de un presente continuo, es decir, de una acción que se realiza siempre: está ocurriendo, ocurre ahora y ocurrirá también en el futuro. En todo momento "Dios viene". El verbo "venir" se presenta como un verbo "teológico", incluso "teologal", porque dice algo que atañe a la naturaleza misma de Dios. Por tanto, anunciar que "Dios viene" significa anunciar simplemente a Dios mismo, a través de uno de sus rasgos esenciales y característicos: es el Dios-que-viene. El Adviento invita a los creyentes a tomar conciencia de esta verdad y a actuar coherentemente. Resuena como un llamamiento saludable que se repite con el paso de los días, de las semanas, de los meses: Despierta. Recuerda que Dios viene. No ayer, no mañana, sino hoy, ahora. El único verdadero Dios, "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" no es un Dios que está en el cielo, desinteresándose de nosotros y de nuestra historia, sino que es el Dios-que-viene. Es un Padre que nunca deja de pensar en nosotros y, respetando totalmente nuestra libertad, desea encontrarse con nosotros y visitarnos; quiere venir, vivir en medio de nosotros, permanecer en nosotros. Viene porque desea liberarnos del mal y de la muerte, de todo lo que impide nuestra verdadera felicidad. Dios viene a salvarnos»[1].

El Adviento trae consigo una llamada a tener muy presente que *Dominus prope*[2], que el Señor está cerca. A mí me impresiona cada año este grito de la liturgia, que podemos interpretar en muchos sentidos, adaptando esas palabras a las necesidades espirituales de cada uno. Recordemos más esta realidad gozosa, con más hondura aún, cuando el seguimiento de Cristo nos parezca arduo, exigente, con el convencimiento de que esa resistencia nuestra se deshará si damos paso a que esa cercanía se convierta en intimidad.

*Dominus prope*, entre otras cosas, porque se halla en el centro de nuestra alma en gracia; tan cerca, tan cerca, que no puede estarlo más. Quiere morar con nosotros, dentro de nosotros.

Podemos pensar también en el *Dominus prope*, porque se acerca la conmemoración de ese momento sublime en que el Todopoderoso, el Omnipotente, no necesitando de nada, ha querido demostrar —al llegar la plenitud de los tiempos— que tiene sus complacencias puestas en las criaturas, en cada uno de nosotros: «deliciae meae esse cum filiis hominum» (Prv 8, 31), mi delicia es estar con los hijos de los hombres.

El *Dominus prope* nos sirve también para reforzar la llamada al apostolado. Empeñémonos más, a diario, en transmitir a nuestro alrededor, sin respetos humanos, que Dios está muy cerca y llama a las puertas del alma: «¡ábreme, hermana mía, amada mía, mi paloma, mi preciosa!» (Ct 5, 2), nos dice a todos, como a la Esposa del *Cantar de los Cantares*. Hay que franquearle inmediatamente la entrada en el corazón, no permitir que pase de largo: no sea que suceda como a la Esposa del *Cantar*, por su tardanza en responder: «abré a mi amado, pero mi amado ya no estaba, se había marchado» (ibid., 6).

Decidámonos nuevamente a prepararnos muy bien para la Navidad. Estamos en la primera semana del Adviento: ¿con qué frecuencia hemos repetido ya: «veni, Domine Iesu» (*Ap* 22, 20), ven, Señor Jesús? ¿En cuántas ocasiones hemos considerado esa frase de la Escritura, que en estos días descubrimos con un sentido más pleno: «rorate caeli» (*Is* 45, 8), que se abran los cielos y las nubes lluevan al Justo? ¡Que se abra la tierra!, podemos añadir. Los cielos se han abierto y se abren constantemente, porque el Señor nos sigue a toda hora; pero hemos de

decidirnos a rasgar nuestros corazones, nuestra tierra, para que se empape de esta lluvia divina, la gracia, que quiere sanarnos, santificarnos y hacernos eficaces.

\* \* \*

[1] Benedicto XVI, Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo I de Adviento, 2-XII-2006.

[2] Liturgia de las Horas, segundas Vísperas del Domingo I de Adviento, Lectura Breve: *Flp* 4, 5.

Diciembre 2008

Durante esas fechas, siguiendo un consejo de nuestro Padre, podemos acompañar a la Virgen y a San José en su caminar hacia Belén. En los ratos de oración personal, y a lo largo de la jornada, pongámonos muy cerca de ellos, prestándoles con el deseo algún servicio, desagraviando por los que entonces —y también ahora— no supieron acoger al Hijo de Dios cuando vino a la tierra. No es pura imaginación, sino un modo de ejercitar de modo concreto nuestra fe en el misterio de la Encarnación.

La Navidad se nos muestra como una escuela extraordinaria; aprovechemos las lecciones que nos dirige Jesús. Como recordaba nuestro Padre, detengámonos en la naturalidad de su nacimiento. «Comienza estando en el seno de su Madre nueve meses, como todo hombre, con una naturalidad extrema. De sobra sabía el Señor que la humanidad padecía una apremiante necesidad de Él. Tenía, por eso, hambre de venir a la tierra para salvar a todas las almas: y no precipita el tiempo. Vino a su hora, como llegan al mundo los demás hombres»[1].

También podemos considerar su sencillez. «El Señor viene sin aparato, desconocido de todos. En la tierra sólo María y José participan en la aventura divina. Y luego aquellos pastores, a los que avisan los ángeles. Y más tarde aquellos sabios de Oriente. Así se verifica el hecho trascendental, con el que se unen el cielo y la tierra, Dios y el hombre»[2].

Imitando con decisión al Maestro, podemos unir lo divino y lo humano en nuestra existencia ordinaria. Basta que nos esforcemos por poner a Dios en el centro de nuestra actividad, con el empeño de cumplir nuestros deberes para darle gloria, y rectificando aquellos motivos que pudieran dificultarlo. En esos días previos a la Navidad, no olvidemos que María y José continúan llamando a las almas, como entonces a las puertas de las casas de Belén. «No me aparto de la verdad más rigurosa —aseguraba San Josemaría—, si os digo que Jesús sigue buscando ahora posada en nuestro corazón. Hemos de pedirle perdón por nuestra ceguera personal, por nuestra ingratitud. Hemos de pedirle la gracia de no cerrarle nunca más la puerta de nuestras almas»[3].

En las próximas semanas, la liturgia, al hacer eco a la voz de Jesús, nos recomienda vigilar: «velad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor»[4]. Es lo mismo que recuerda el Papa a todos los cristianos. «Jesús, que en la Navidad vino a nosotros y volverá glorioso al final de los tiempos, no se cansa de visitarnos continuamente en los acontecimientos de cada día. Nos pide estar atentos para percibir su presencia, su advenimiento, y nos advierte que lo esperemos vigilando (...). Preparémonos para revivir con fe el misterio del nacimiento del Redentor, que ha llenado de alegría el universo»[5].

\* \* \*

[1] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 18.

[2] *ibid.*

[3] *Ibid.*, n. 19.

[4] Mt 24, 42.

[5] Benedicto XVI, Homilía en el primer Domingo de Adviento, 2-XII-2007.

Diciembre 2009

Hace veinte siglos, la llegada de Dios al mundo se realizó silenciosamente. Sólo los ángeles y un pequeño grupo de personas humildes —los pastores— compartieron con la Virgen y San José el gozo del nacimiento del Redentor. También ahora la constante venida del Señor se realiza en el silencio. «Pero donde hay fe, donde su palabra se anuncia y se escucha, Dios reúne a los hombres y se entrega a ellos en su Cuerpo, los transforma en su Cuerpo. Él "viene". Y, así, el corazón de los hombres se despierta. El canto nuevo de los ángeles se convierte en canto de los hombres que, a lo largo de los siglos, y de manera siempre nueva, cantan la llegada de Dios como niño y se alegran desde lo más profundo de su ser»[1] .

Tratemos de dar pleno sentido a los signos externos de estos días cristianamente festivos. Pongamos empeño —insisto— en devolver al ambiente de estas semanas su genuino significado. Siempre es posible, por ejemplo, difundir las tradicionales costumbres espirituales y devocionales propias de estas fechas: poner el Nacimiento en el hogar; visitar los belenes que se colocan en las iglesias y en otros lugares, quizá en compañía de otros miembros de la familia; destacar el sentido espiritual del árbol de Navidad y de los regalos propios de estas fechas, que son un modo de recordar que del árbol de la Cruz proceden todos los bienes...(..)

Miremos el ejemplo de la Virgen. ¿Qué relevancia tenía a los ojos humanos una doncella, casi una niña, de un lugar tan desconocido como Nazaret? Y, sin embargo, Dios se fijó en Ella y la convirtió en Madre del Verbo encarnado y redentor. Contemplémosla otra vez en la escena de la Visitación a Santa Isabel, como nos propone el IV Domingo de Adviento en el Evangelio. El cántico del Magnificat, fruto del trato habitual de Nuestra Señora con Dios, alimentado por su familiaridad con la Sagrada Escritura, se nos revela como un canto de absoluta confianza en el poder de Dios y, por tanto, repleto de un júbilo santo.

«Nuestra Madre ha meditado largamente las palabras de las mujeres y de los hombres santos del Antiguo Testamento, que esperaban al Salvador, y los sucesos de que han sido protagonistas. Ha admirado aquel cúmulo de prodigios, el derroche de la misericordia de Dios con su pueblo, tantas veces ingrato. Al considerar esta ternura del Cielo, incesantemente renovada, brota el afecto de su Corazón inmaculado : mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío; porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava (Lc 1, 46-48). Los hijos de esta Madre buena, los primeros cristianos, han aprendido de Ella, y también nosotros podemos y debemos aprender»[2] .

Hagamos nuestra la lección de María. El Señor ha dado a los cristianos el mundo por heredad[3] , y estamos seguros de que su palabra se cumplirá con nuestra colaboración, porque Él ha querido —en su bondad— contar con cada uno de nosotros. Por eso, «hemos de ser optimistas, pero con un optimismo que nace de la fe en el poder de Dios —Dios no pierde batallas—, con un optimismo que no procede de la satisfacción humana, de una complacencia necia y presuntuosa»[4] .

\* \* \*

[1] Benedicto XVI, Homilía en la Natividad del Señor, 25-XII-2008.

[2] San Josemaría, Amigos de Dios, n. 241.

[3] Cfr. *Sal* 2, 8.

[4] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 123. [3] Misal Romano, Domingo I de Adviento (C), Primera lectura (*Jr* 33, 14-15).

[4] Misal Romano, Natividad del Señor, Misa de medianoche, Salmo responsorial (*Sal* 95 [96] 11-13).

[5] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 241.

[6] Cfr. *Sal* 2, 8.

[7] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 123.

Diciembre de 2010

El Papa [Benedicto] comentaba, hace algunos años, que «los Padres de la Iglesia, en su traducción griega del Antiguo Testamento, usaron unas palabras del profeta Isaías que también cita Pablo para mostrar cómo los nuevos caminos de Dios fueron preanunciados ya en el Antiguo Testamento. Allí se leía: “Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado” (*Is* 10, 23; *Rm* 9, 28) (...). El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance»[1]. Y añade el Santo Padre, en su reciente Exhortación apostólica: «ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret»[2].

Prosigamos, pues, con seguridad y gran contento, nuestro camino cristiano. «La Navidad nos recuerda que el Señor es el principio y el fin y el centro de la creación: en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (*Jn* 1, 1). Es Cristo, hijas e hijos míos, el que atrae a todas las criaturas: por Él fueron creadas todas las cosas, y sin Él no se ha hecho cosa alguna, de cuantas han sido hechas (*Jn* 1, 3). Y al encarnarse, viniendo a vivir entre nosotros (cfr. *Jn* 1, 14), nos ha demostrado que no estamos en la vida para buscar una felicidad temporal, pasajera. Estamos para alcanzar la bienaventuranza eterna, siguiendo sus pisadas. Y esto sólo lo lograremos aprendiendo de Él»[3] (...).

Para comprender bien la Palabra de Dios, además de avivar la fe, esforcémonos por leer y meditar la Biblia en el clima espiritual en que fue escrita. Por eso resulta necesario que, al repasar con detenimiento el Evangelio y los demás libros inspirados, fomentemos una actitud personal de escucha. La Sagrada Escritura, sobre todo cuando es proclamada en el seno de la celebración litúrgica, cobra siempre actualidad, transmite la novedad de las cosas de Dios a la persona concreta que la oye con atención y desea asimilarla. Sus palabras, como escribe san Josemaría, son «luces del Paráclito, que habla con voces humanas para que nuestra inteligencia sepa y contemple, para que la voluntad se robustezca y la acción se cumpla. Porque somos un solo pueblo que confiesa una sola fe, un Credo; un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»[4] (...).

Sigamos, pues, las repetidas invitaciones de San Josemaría a servirnos con frecuencia de los textos de la Biblia para alimentar nuestros ratos de oración y contemplar las escenas de la vida de Cristo, metiéndonos en el Evangelio « como un personaje más» . Los textos litúrgicos de la Misa, tanto en el Adviento como en la Navidad, nos impulsarán fuertemente a crecer en familiaridad con la Palabra de Dios y a aumentar nuestra intimidad con Jesús, María y José. Entremos con decisión en sus vidas acompañando a los tres de todo corazón.

\* \* \*

[1] Benedicto XVI, Homilía en la Misa de Nochebuena, 24-XII-2006.

[2] Benedicto XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, n. 12.

[3] San Josemaría, Notas de una meditación, 25-XII-1972.

[4] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 89; citando a San Cipriano, *De dominica oratione*, 23 (PL 4, 553).

Diciembre 2011

¿Cuántas veces hemos invocado ya, con el corazón o con los labios: «veni, Domine Iesu»[1]? Paladeemos esa frase de la Escritura, que la liturgia aplica a la expectación del nacimiento de Cristo: «destilad, cielos, el rocío, y que las nubes lluevan al justo; que la tierra se abra y haga germinar al Salvador»[2]. El firmamento se rasgó hace veinte siglos para la llegada del Redentor al mundo, y constantemente sucede cada día, cuando Jesús se nos acerca con su presencia sacramental en la Sagrada Eucaristía. A cada una, a cada uno, corresponde, por tanto, abrir el corazón de par en par, para que se empape de ese rocío divino que quiere volvernos eficaces. Por eso, la mejor manera de prepararnos para la venida espiritual de Jesucristo en la Navidad próxima, consiste en disponer bien nuestras almas y nuestros cuerpos para recibirle con nuevo fervor cada día en la Sagrada Comunión. ¿Cómo vas desgranando estas jornadas? ¿Cómo deseas que la humanidad acoja al Señor? ¿Aprovechas las luces y los adornos callejeros, para pedir que Dios tenga la respuesta que se merece de sus criaturas?

Nuestro Padre nos impulsaba a aprovechar estas semanas para «construir con el corazón un Belén para nuestro Dios. ¿Os acordáis de cuando erais pequeños? ¿Con qué ilusión sabíamos preparar el Nacimiento, con sus montañas de corcho, sus casas minúsculas, y todas esas figurillas alrededor del pesebre donde Dios quiso nacer!»[3]. Y se detenía en una consideración que se puede aplicar a todos los fieles: «sé bien que, cuanto más tiempo pasa, por aquello de que el Opus Dei es para cristianos adultos que por amor de Dios se saben hacer niños, mis hijas y mis hijos van siendo cada día más pequeños. Con mayor ilusión, pues, que en nuestros años de infancia, habremos preparado el portal de Belén en la intimidad de nuestra alma»[4].

Al meditar en el acontecimiento extraordinario que conmemoramos, el Papa invita a pensar que «el cumplimiento de la palabra que da comienzo en la noche de Belén es, a la vez, inmensamente más grande y —desde el punto de vista del mundo— más humilde que lo que la palabra profética permitía intuir»[5]. Isaías y todos los profetas sólo atisbaron lo que sucedería en la Navidad. El cumplimiento de aquella palabra guarda una fuerza más grande, inconmensurable, porque, con la encarnación y el nacimiento del Verbo, «ha quedado superada la distancia infinita entre Dios y el hombre. Dios no solamente se ha inclinado hacia abajo, como dicen los Salmos: ha "descendido" realmente, ha entrado en el mundo, haciéndose uno de nosotros para atraernos a todos a Sí»[6]. Por otra parte, todo se ha desarrollado con la más profunda humildad: ese Dios sapientísimo, todopoderoso y eterno, se nos ofrece como niño recién nacido, inermes, necesitado de unos brazos humanos que le den abrigo y de unos corazones que le amen de verdad. Como María y José en la noche de Belén, así hemos de comportarnos nosotros en el silencio de la oración, de nuestra presencia de Dios en la jornada y al recibirle sacramentalmente en la Eucaristía. El mismo hecho de poner el belén en nuestros hogares expresa «nuestra espera, que Dios se acerca a nosotros (...), pero también es expresión de la acción de gracias a Aquel que ha decidido compartir nuestra condición humana en la pobreza y en la sencillez»[7] (...).

\* \* \*

[1] Ap 22, 20.

[2] Misal Romano, Domingo IV de Adviento, Antífona de entrada (Is 45, 8).

[3] San Josemaría, Notas de una meditación, 25-XII-1973.

[4] Ibid.

[5] Benedicto XVI, Homilía en la Natividad del Señor, 24-XII-2010.

[6] Ibid.

[7] Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 22-XII-2010.

«La Sabiduría que nace en Belén es la Sabiduría de Dios (...), es decir, un designio divino que por largo tiempo permaneció escondido y que Dios mismo reveló en la historia de la salvación. En la plenitud de los tiempos, esta Sabiduría tomó un rostro humano, el rostro de Jesús»[1].

Preparémonos con fe para esta gran fiesta, que es la fiesta de la alegría por antonomasia. Vivámosla con toda la humanidad. Vivámosla con todos los fieles de la Obra. Acudamos a esta cita con la firme decisión de contemplar la grandeza infinita y la humildad de Jesucristo, que tomó nuestra naturaleza —otra manifestación de cómo nos ama—, y no nos cansemos de mirar a María y a José, maestros estupendos de oración, de amor a Dios.

La Palabra que se hace carne es el Verbo eterno de Dios, que nos ha ganado la condición de ser en Él hijos de Dios: «mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!»[2] . Y comenta san Josemaría: «hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: en Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres ( Jn 1, 4). Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos. Portadores de la única llama capaz de encender los corazones hechos de carne»[3] . Deseo que no faltemos a esta cita de la celebración de la llegada de Dios a la tierra: consideremos en esos días cómo es nuestro empeño por mejorar el estar con Jesús, el vivir con Jesús, el ser de Jesús (...).

Año de la fe, Navidad: ¡qué oportunidad tan grandiosa para que cuidemos más el apostolado, para que nos sintamos más estrechamente unidos a la humanidad entera!

\* \* \*

[1] Benedicto XVI, Homilía, 17-XII-2009

[2] 1 Jn 3, 1.

[3] San Josemaría, Es Cristo que pasa, n. 66.

BAJÓ A ESTE MUNDO NUESTRO

Diciembre de 2013

«La vida interior —enseñaba nuestro Padre— no es sentimiento. Cuando vemos con claridad que vale la pena fastidiarse un día y otro, un mes y otro mes, y otro año, y la vida entera, porque nos aguarda después el Amor en el Cielo, ¡cuántas luces tenemos! Hay que remansar todo eso, hijos de mi alma. Hay que hacer en nuestra alma como un embalse que recoja todas esas gracias de Dios: la claridad, la luz, la dulzura de la entrega. Y cuando venga la oscuridad, la noche, la amargura, habrá que ir a lanzarse en medio de esas aguas limpias de la gracia del Señor. Aunque en ese momento esté ciego, yo veo; aunque esté seco, me sé regado por las aguas que salen desde el Corazón de Cristo hasta la vida eterna. Entonces, hijos míos, perseveraremos en la lucha»[1].

De esta forma nos encontraremos en condiciones de ayudar a otras personas para que también caminen expeditamente por las sendas de la fe. En efecto, «la fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver»[2]. Y el Señor tenía ojos para cada persona singularmente considerada y para la muchedumbre en su conjunto. Por cada uno y por todos bajó a este mundo nuestro, y por todos y cada uno prosigue su obra salvadora. Nuestra misión se concreta, pues, en llevar al contacto con Jesús a cuantas personas hallemos en el camino de nuestra existencia, comenzando por las más próximas. Así se comportaron los primeros cristianos, que obraron la conversión del mundo pagano.

\* \* \*

[1] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 17-II-1974.

[2] Papa Francisco, Litt. enc. Lumen fidei, 29-VI-2013, n. 18.

## GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS

### Diciembre de 2014

«Él ha entrado en el mundo, haciéndose hombre como nosotros, para llevar a plenitud su plan de amor. Y Dios pide que también nosotros nos convirtamos en signo de su acción en el mundo. A través de nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra caridad, Él quiere entrar en el mundo siempre de nuevo y quiere hacer resplandecer siempre de nuevo su luz en nuestra noche»[1].

La venida gloriosa de Cristo pondrá fin a todas las injusticias y pecados, pero consideremos seriamente que ya ahora el Señor nos convoca para que le ayudemos a transmitir a otras almas los frutos de la redención. Millones de gentes, sin saberlo, aguardan la manifestación de los hijos de Dios[2]: de ti, de mí, de tantos hombres y mujeres de buena voluntad. Con nuestras obras y nuestras palabras hemos de mostrarles que el mundo en el que nos desenvolvemos, con todos sus problemas y contradicciones, no se reduce a un lugar inhóspito al que hemos sido arrojados por un destino impersonal y ciego, sino que es el sitio del encuentro gozoso con Dios, todo misericordia, que ha enviado a su Hijo al mundo, y que asiste a la Iglesia mediante la presencia siempre actual del Espíritu Santo.

En los días que se acercan, poblaciones de casi todos los países se desean paz y felicidad. Asumamos una vez más el cántico que resonó en la primera Navidad: «gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres en los que Él se complace»[3]. Entonces lo entonaron los ángeles, ahora nos corresponde a nosotros, los cristianos, cantarlo con el buen ejemplo y con nuestras palabras de misericordia y de perdón, con nuestro apostolado constante.

Pidamos a Dios que la violencia sea vencida con la fuerza del amor, en todos los órdenes de la existencia. Que los deseos de bondad y de amor que la gente se intercambia en estos días penetren realmente en todos los ambientes de la vida cotidiana. Un ruego que elevamos al Cielo acudiendo a la mediación materna de María Santísima, recurriendo también a la intercesión de san José, de san Josemaría y de todos los santos. A ellos y a todos vosotros os pido que os unáis a mi incesante oración por la Iglesia y el Papa, por la Obra y cada uno de sus fieles y cooperadores, por el mundo entero.

\* \* \*

[1] Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 5-XII-2012.

[2] Cfr. Rm 8, 19.

[3] Lc 2, 14.

Diciembre de 2015

La Navidad, verdadera fiesta de la alegría, constituye una invitación precisa a adorar a Dios y a darle gracias por su benevolencia. Los millares de personas que nos alimentamos del espíritu de la Obra, deseamos —como afirmaba nuestro Padre en una meditación predicada con motivo de estas fiestas— «representar a toda la humanidad. Estamos seguros de que (...) en todas las partes del mundo —también en algún sitio donde se persigue a la Iglesia—, habrá hermanas y hermanos vuestros sintiéndose representantes de todos los hombres, y diciéndole al Señor: sabemos que has nacido hoy. Te venimos a adorar en nombre de todas las criaturas: veníte, adorémos; porque estas palabras son una respuesta de la Iglesia Santa a aquel clamor de los ángeles que se oyó en el mundo rompiendo el silencio de los siglos»[1].

Benedicto XVI señalaba hace diez años que, en estas fiestas, tanto la liturgia como la piedad popular recurren a símbolos que nos hacen más patente el significado de la Navidad. La luz y los adornos evocan el deseo de bien que habita en lo más profundo del corazón humano: «La luz del bien que vence al mal, del amor que supera el odio, de la vida que derrota a la muerte»[2]. Por eso, «al ver las calles y las plazas de las ciudades adornadas con luces brillantes, recordemos que estas luces nos remiten a otra luz, invisible para los ojos, pero no para el corazón. Mientras las admiramos, mientras encendemos las velas en las iglesias o la iluminación del belén y del árbol de Navidad en nuestras casas, nuestra alma debe abrirse a la verdadera luz espiritual traída a todos los hombres de buena voluntad. El Dios con nosotros, nacido en Belén de la Virgen María, es la Estrella de nuestra vida»[3].

Esforcémonos para que los detalles externos que adornan la Navidad en los hogares y en otros muchos sitios no se reduzcan a producir luces de bengala[4], sino que sean medios que nos faciliten acoger más generosamente a Jesús. Con nuestra conducta, ayudemos a que muchas personas tomen conciencia de lo que significa esta Noche Santa, para que todos nos comportemos como buenos hijos de Dios.

A la Virgen, con san José, la contemplamos cuidando a Jesús recién nacido en la pobre gruta que los alojó en Belén. La costumbre de instalar el Nacimiento supone un magnífico recordatorio de que el Verbo divino ha puesto su morada entre nosotros[5]. «El belén es expresión de nuestra espera, que Dios se acerca a nosotros, que Cristo se acerca a nosotros, pero también es expresión de la acción de gracias a Aquel que ha decidido compartir nuestra condición humana, en la pobreza y en la sencillez»[6].

En la gruta de Belén se tocan el cielo y la tierra, porque allí nació el Creador del mundo, el Redentor de los hombres. Desde ese lugar se difunde una claridad que es para todos los tiempos; también para el nuestro, tan necesitado de esta orientación divina. Al prepararnos para celebrar de nuevo la venida del Señor, y al considerar que su alegría es estar con los hijos de los hombres, llenémonos de esperanza: Deus prope est, el Señor se acerca siempre a nosotros, permanece en todo momento a nuestro lado»[7].

Termino con unas palabras del Romano Pontífice, que nos invitan a la confianza en Dios y al optimismo sobrenatural. Hablando de la Navidad, nos propone algunos interrogantes: «¿Cómo acogemos la ternura de Dios? ¿Me dejó alcanzar por Él, me dejó abrazar por Él, o le impido que se acerque? (...). Lo más importante no es buscarlo, sino dejar que sea Él quien me busque, quien me encuentre y me acaricie con cariño. Ésta es la pregunta que el Niño nos hace con su sola presencia: ¿permite a Dios que me quiera?»[8].

\* \* \*

- [1] San Josemaría, Notas de una meditación, 25-XII-1968.
- [2] Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 21-XII-2005.
- [3] Ibid.
- [4] San Josemaría, Camino, n. 247.
- [5] Cfr. Jn 1, 14.
- [6] Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 22-XII-2010.
- [7] San Josemaría, Carta de felicitación por la Navidad, diciembre de 1968.
- [8] Papa Francisco, Homilía, 24-XII-2014.

## CONTEMPLADOS POR DIOS

### Diciembre de 2016

En esta época nuestra, tan compleja como apasionante, existe el riesgo de que el ajetreo del ambiente nos empuje, casi sin darnos cuenta, al atolondramiento: a hacernos perder el enfoque de que el Señor se halla muy cerca. Jesús se nos da del todo, y nada más normal que nos pida mucho. No entender esta realidad significa no entender o no adentrarse en el Amor de Dios.

Pero no imaginemos situaciones anormales o extraordinarias. El Señor espera que nos esmeremos en la realización de los deberes ordinarios propios de un cristiano. Por eso os propongo que estas semanas —que en tantos países se caracterizan por un crescendo de preparativos externos para la Navidad—, supongan en vuestro caminar un crescendo de recogimiento en el trato con Dios y en el servicio generoso y alegre a los demás. En medio de las prisas, de las compras —o de las estrecheces económicas, quizá ligadas a cierta falta de seguridad social—, de guerras o catástrofes naturales, hemos de sabernos contemplados por Dios. Así encontraremos la paz del corazón. Dirijamos nuestra mirada a Cristo que llega, como el Papa comentaba unas semanas atrás, citando una conocida frase de san Agustín: «“Tengo miedo de que el Señor pase” y no le reconozca; que el Señor pase delante de mí en una de estas personas pequeñas, necesitadas, y yo no me dé cuenta de que es Jesús »[1].

En particular, cuidemos mejor los detalles de piedad que tornan más íntimo y cálido el trato con Dios, y preparan a Jesús Niño una posada acogedora: por ejemplo, santiguarnos con pausa, sabiéndonos acogidos por la Trinidad y salvados por la Cruz; recogernos, con naturalidad pero con devoción, a la hora de bendecir la mesa o de dar gracias a Dios por los alimentos; mostrar, en las genuflexiones ante el Belén perenne del sagrario[2], la firmeza de una fe concreta y actual; acompañar una limosna con una sonrisa; saludar con cariño a nuestra Madre en sus imágenes, preparando en estos primeros días de diciembre la solemnidad de su Inmaculada Concepción... En la aridez de ciertas jornadas, la Virgen nos hará encontrar flores colmadas de buen aroma, del *bonus odor Christi*[3], como se narra en las apariciones de la Virgen de Guadalupe a san Juan Diego, que conmemoramos el día 12.

No os preocupe si, a pesar de nuestra buena voluntad, algunas veces nos asaltan las distracciones en las prácticas de piedad. Pero luchemos para adquirir la necesaria fortaleza sobrenatural y humana para rechazarlas. Renovemos con perseverancia nuestro afán por construir dentro de nosotros un belén viviente donde acoger a Jesús, a base de ratos de oración ante el Nacimiento, aunque en ocasiones nos dé la impresión de estar con la cabeza en las nubes. Pensad entonces que san Josemaría no se desanimaba al verse así en algunos momentos suyos ante el Señor. En 1931 anotaba: «conozco un borrico de tan mala condición que, si hubiera estado en Belén junto al buey, en lugar de adorar, sumiso, al Creador, se hubiera comido la paja del pesebre»[4]. Por eso, me llena de gozo que se difunda, en muchos países, la costumbre cristiana de instalar un Nacimiento en las casas.

No dejéis de acordaros en estos días de la gente sola o que pasa necesidades, y a quienes podemos ayudar de un modo u otro, conscientes de que los primeros beneficiados somos nosotros mismos. Procurad contagiar esta solicitud tan cristiana a parientes, amigos, vecinos, colegas: qué detalle tan cristiano, entre tantos, el de algunos fieles de la Obra que durante algunas noches van a ofrecer algo de comer y de beber a personas sin hogar, y también a quienes se ocupan de vigilar el descanso de los ciudadanos.

\* \* \*

[1] Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 12-X-2016 (cfr. San Agustín, Sermón 88, 14, 13).

[2] San Josemaría, AGP, sec. A, leg. 3, carp. 3, cit. en Camino. Edición crítico-histórica (ed. Pedro Rodríguez), Rialp, 3ª ed., Madrid 2004, p. 1051.

[3] 2 Cor 2, 15.

[7] Misal Romano, 19 de diciembre, Antífona de entrada (cfr. Hb 10, 37).

[8] Papa Francisco, Homilía, 24-XII-2015.

[9] San Josemaría, Apuntes íntimos, n. 181 (25-III-1931). Cit. en J. L. Soria, Maestro de buen humor, Rialp, 3ª ed., Madrid 1994, p. 91.

PAZ EN EL MUNDO, PAZ EN EL ALMA

Enero de 2007

Hoy, 1 de enero, se celebra la Jornada Mundial de la Paz: un día muy adecuado para suplicar al Señor que infunda este don celeste en cada corazón y en la sociedad. Como recordaba el Santo Padre al principio del Adviento, «la paz es la meta a la que aspira la humanidad entera. Para los creyentes, "paz" es uno de los nombres más bellos de Dios, que quiere el entendimiento entre todos sus hijos»[1].

La tarea de fomentar la paz se pone en manos no sólo de quienes tienen responsabilidades directas en la gestión de la cosa pública, sino en las de todos los ciudadanos sin excepción, según las posibilidades de cada uno. Cumplamos diariamente esta gozosa tarea de empeñarnos en ser «sembradores de paz y de alegría» —como le gustaba decir a nuestro Padre— en los variados ámbitos de nuestra existencia. ¿Qué paz dejamos en las almas? ¿Pueden afirmar que las queremos? ¿Cómo rezamos por los que sufren?

El primer campo en el que hay que cultivar la paz se concreta en la propia alma, donde debe reinar ese don divino para poder transmitirlo luego a los demás. Del corazón humano proviene el mal; pero con la gracia de Dios nacen también las cosas buenas que la criatura está en condiciones de llevar a cabo. «El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo de su mal saca lo malo: porque de la abundancia del corazón habla su boca»[2]. Afirma Benedicto XVI: «"Gracia" es la fuerza que transforma al hombre y al mundo; "paz" es el fruto maduro de esa transformación»[3]. Pero se requiere la colaboración libre de la persona en el proyecto divino de salvación. Y como en el corazón reside en última instancia la causa de los conflictos, de ahí se deriva la necesidad de que cada uno pelee decididamente dentro de sí, para afirmar el reinado de Dios en la propia alma.

Es una verdad antigua como el Evangelio, aunque desgraciadamente muchos no la conocen o no la ponen en práctica. Dijo el Señor: «no penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz sino la espada»[4]. Hablaba de la pelea contra el pecado, presupuesto indispensable de la paz verdadera.

Cuando hay verdadero empeño por erradicar la mala hierba del pecado y por identificarse con Cristo, la existencia del cristiano se convierte en la buena tierra, donde pueden germinar las virtudes que hacen posible la convivencia, llena de caridad y de paz, entre personas de los ambientes más diversos.

\* \* \*

[1] Benedicto XVI, Homilía, 2-XII-2006.

[2] Lc 6, 45

[3] Benedicto XVI, Homilía en Éfeso, 29-XI-2006.

[4] Mt 10, 34

Enero de 2008

La Navidad nos vuelve a poner ante los ojos la urgencia de colaborar con Cristo en la aplicación de los frutos de la Redención. Buen ejemplo nos dan los pastores de Belén: después de acudir presurosos a la gruta, donde «encontraron a María y a José y al Niño reclinado en el pesebre», regresaron a su trabajo habitual llenos de alegría. Volvieron cambiados por dentro, «glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto», y deseosos de comunicar a sus parientes y vecinos la buena nueva; de modo que «todos los que lo oyeron, se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho»[1]. Y eso que muy probablemente eran, como sucede también ahora, personas retraídas, poco dadas a la conversación.

Cuando alguien experimenta un gozo grande, siente el impulso de comunicarlo a las personas con las que se relaciona. Sucede con mayor motivo cuando se trata de la vida sobrenatural, que Jesús ha traído a la tierra. Es ésta una dicha que no se puede ocultar, porque la vocación cristiana lleva consigo, por su misma naturaleza, vocación apostólica. La alegría de haber sido salvados por Dios no cabe en un corazón solo. «Dice San Agustín que quien logra la conversión de un alma tiene la suya predestinada. ¡Pues pensad lo que será traer al camino de Dios, a la entrega, a otras almas! ¡Algo maravilloso! (...). Porque el bien, de suyo, es difusivo. Si yo gozo de un beneficio, necesariamente tendré deseos eficaces de que otros vengan a participar de esa misma felicidad»[2].

Sin embargo, en muchos lugares se ha consolidado la falsa idea de que no resulta conveniente hablar a otras personas de las propias convicciones religiosas. Equivale —dicen— a entrometerse en la conducta privada de los demás, atentando a la intimidad de cada uno. Debemos rechazar semejante actitud y estar siempre dispuestos a dar razón de la esperanza de nuestra vocación cristiana[3], con sinceros deseos de que resuene en los oídos de nuestros parientes, amigos y conocidos la buena nueva de la salvación.

No hay que conformarse con el testimonio del ejemplo, porque el ejemplo solo —siendo indispensable— no basta. Recordemos el reproche del Señor a quienes no advertían al pueblo de los peligros de la idolatría: «son perros mudos, incapaces de ladrar, somnolientos, tumbados, amigos de dormir»[4].

Hijas e hijos míos, permanezcamos vigilantes para no hacernos acreedores a esa censura del Señor; dejaríamos de ser «sal de la tierra» y «luz del mundo»[5]. Y eso no debe suceder. ¿Alimentas tu afán apostólico como si fuera un instinto sobrenatural? ¿Cómo pides al Señor que ponga en tus labios la palabra oportuna en tus conversaciones diarias, también en las de carácter profesional y en los ratos de descanso? Hay que hablar a los hombres y mujeres de la divina condescendencia que se ha manifestado con la venida del Hijo de Dios al mundo, y de cómo el Señor espera nuestra colaboración en el anuncio de su mensaje de amor, de vida y de paz.

\* \* \*

[1] Cfr. Lc 2, 16-20.

[2] San Josemaría, Apuntes tomados en una tertulia, 29-XII-1959.

[3] 1 Pe 3, 15.

[4] Is 56, 10.

[5] Mt 5, 13-14.

Enero de 2009

En los días del tiempo de Navidad, la mirada se nos va también a la Virgen, totalmente ocupada en atender a su Hijo recién nacido. ¡Con qué amor lo tomó en sus brazos en Belén y lo cuidó a toda hora! Luego, durante los años de Nazaret, buscó la manera de no apartarse de su lado: colaboró con San José en el crecimiento humano del Hijo de Dios, dispensándole su cariño, aprendiendo de su conducta y de sus palabras como la primera y mejor discípula del Maestro. Ahora se ocupa de nosotros —de cada una y de cada uno— con el cariño y la dedicación con que atendió a su Hijo, porque Jesucristo, en la Cruz, le confirmó en su verdadera maternidad espiritual sobre las mujeres y los hombres de los diferentes tiempos[1]. Desde entonces, María no ha cesado de cuidar de toda la humanidad, y especialmente de sus hijos más necesitados. Por eso, al comenzar el año nuevo, solemnidad de la Maternidad divina de Nuestra Señora, la Iglesia nos invita a meditar en la solicitud de la Virgen y a agradecer todas sus delicadezas.

La Encarnación del Verbo —como profesamos en el Credo— se realizó por obra del Espíritu Santo, con la colaboración libre y plena de la Virgen María. Con este Misterio, que culmina en la Cruz y Resurrección, nos rescató Dios de nuestros pecados y nos otorgó el don de la filiación divina. En las fechas pasadas hemos leído unas palabras de San Pablo, el gran heraldo de Cristo y del Evangelio, dirigidas a los Gálatas, que encierran un tesoro de doctrina. Escribe el Apóstol que, «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos»[2]. (...)

Siempre es tiempo de ahondar en la filiación divina, pero estos días resulta más accesible: basta mirar a Jesús Niño recostado en la cuna, en los brazos de su Madre o en los de San José. Nuestro Dios se ha hecho criatura desvalida e inerte para que nosotros seamos y nos sintamos muy hondamente hijos de Dios, y nos acerquemos a Él sin ningún temor. Si a veces, por cualquier motivo, nos resulta costoso, acudamos a la Virgen y a San José, pidiéndoles que nos enseñen a tratar a Dios con la confianza e intimidad que ellos le manifestaron. Supliquemos al Paráclito, que inhabita en el alma, que ponga en nuestro corazón ese grito — ¡*Abba*, Padre!—, de modo que con el don de piedad nos haga saborear a fondo la realidad de nuestra filiación divina.

\* \* \*

[1] Cfr. Jn 19, 25-27.

[2] Gal 4, 4-5.

Enero de 2010

Durante los días pasados, la Iglesia nos ha invitado a recorrer una y otra vez el camino de Belén, para adorar y dar gracias a Jesucristo. Todo ha girado en torno a Él, en esta primera semana del tiempo de Navidad. Los demás personajes de la escena —la Virgen y San José, en primer lugar—, quedaban en un segundo plano, porque el Protagonista principal es Nuestro Señor, el Hijo eterno del Padre —Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero—, que se ha hecho verdadero hombre por nosotros y por nuestra salvación. Ahora, al comenzar el nuevo año, se nos invita a fijarnos en los otros personajes de la Navidad; en la Virgen María, en primerísimo lugar; y, junto a Ella, inseparable de Ella, en San José.

Hoy, Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se nos llena el alma de admiración y de gozo, al dirigir a Nuestra Señora esta invocación, raíz de todas las gracias con que el Omnipotente enriqueció a la que, desde la eternidad, había elegido como Madre de su Hijo, según la naturaleza humana. «Por ese título, fue concebida inmaculada y está llena de gracia, es siempre virgen, subió en cuerpo y alma a los cielos, ha sido coronada como Reina de la creación entera, por encima de los ángeles y de los santos. Más que Ella, sólo Dios»[1]. Así lo ha querido el Señor, así lo enseña la Iglesia, así lo creemos los cristianos. «No hay peligro de exagerar», escribe San Josemaría. «Nunca profundizaremos bastante en este misterio inefable; nunca podremos agradecer suficientemente a Nuestra Madre esta familiaridad que nos ha dado con la Trinidad Beatísima»[2].

Hoy se nos presenta una ocasión estupenda para dar un nuevo impulso a nuestro trato filial con la Virgen y agradecerle su desvelo materno por nosotros. María conduce siempre a Jesús, como les sucedió a aquellos personajes del Oriente, los Reyes Magos, a quienes una estrella acompañó hasta Belén para adorar al Mesías que acababa de nacer. ¿Y dónde lo encontraron? San Mateo lo refiere con enorme sencillez: «entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra»[3]. ¿Nos empeñamos en ser más de María, para pertenecer enteramente a Dios? ¿Repetimos con sinceridad aquellas palabras que pronunciaba nuestro Padre: «¡Madre de Dios y Madre nuestra!»?

\* \* \*

[1] San Josemaría, Amigos de Dios, n. 276.

[2] Ibid.

[3] Mt 2, 11.

Enero de 2011

Desde la noche de Navidad, y repetidamente a lo largo de las jornadas siguientes, la liturgia pone en nuestros labios las palabras de un Salmo: «cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, la tierra entera. Cantad al Señor, bendecid su Nombre; anunciad, día tras día, su salvación. Proclamad su gloria a las naciones, sus maravillas a todos los pueblos»[1].

Esta reiterada invitación a la alegría tiene un motivo claro: el nacimiento del Hijo de Dios, que se ha hecho hombre sin dejar de ser Dios, para alcanzarnos la verdadera libertad. «Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que —por obra del Espíritu Santo— tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, adoptionem filiorum reciperemus (Gal 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rm 6, 4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ef 1, 9-10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1, 20)»[2].

El Redentor nos ha traído, además de otros bienes innumerables, el gran don de la libertad, para poder servir a Dios por amor, movidos interiormente por el Espíritu Santo, que nos ha hecho «hijos en el Hijo» [3]. Por nuestra incorporación al Cuerpo místico de Cristo, se ha arrojado lejos de nosotros el temor que nos sujetaba a esclavitud. Como recuerda San Pablo: «fuisteis llamados a la libertad (...). Para esta libertad Cristo nos ha liberado. Manteneos, por eso, firmes, y no os dejéis sujetar de nuevo bajo el yugo de la servidumbre»[4].

San Josemaría, comentando unas palabras del Evangelio —«veritas liberabit vos»[5], la verdad os hará libres—, escribía: «¿Qué verdad es ésta, que inicia y consume en toda nuestra vida el camino de la libertad? Os la resumiré, con la alegría y con la certeza que provienen de la relación entre Dios y sus criaturas: saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre. Yo pido a mi Señor que nos decidamos a darnos cuenta de eso, a saborearlo día a día: así obraremos como personas libres. No lo olvidéis: el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas»[6]. Recojo tantas consideraciones de nuestro Padre porque son como monedas de oro que el Señor pone en nuestras manos; saquemos todo el sentido que les daba quien sólo buscaba fomentar el seguimiento de Jesucristo y el servicio a la Iglesia Santa y a las almas. Sí, os vuelvo a sugerir: acudid más a este tesoro, que nos unirá hondamente al querer del Cielo.

La libertad de amar a Dios y, por Él, a todos los hombres, surge como una de las principales consecuencias de la filiación divina. Por eso hemos de defenderla, respetarla y promoverla en todos los órdenes de la existencia. Es éste el tema señalado para la Jornada Mundial de la Paz que se celebra hoy, primer día de enero. En su Mensaje, titulado La libertad religiosa, camino para la paz, Benedicto XVI dirige un vibrante llamamiento a los estadistas, a los líderes religiosos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para que promuevan y defiendan este bien grandísimo, propio de quienes han sido creados a imagen y semejanza de Dios, que —junto con el bien de la vida— constituye el fundamento más hondo de todos los derechos de la persona. «En efecto —escribe el Papa—, la apertura a la verdad y al bien, la apertura a Dios, enraizada en la naturaleza humana, confiere a cada hombre plena dignidad, y es

garantía del respeto pleno y recíproco entre las personas. Por tanto, la libertad religiosa se ha de entender no sólo como ausencia de coacción, sino antes aún como capacidad de ordenar las propias opciones según la verdad»[7].

Nos viene a la memoria la apasionada defensa del don divino de la libertad, que San Josemaría llevó a cabo durante toda su vida. Muy claramente se manifiesta en su respuesta a la pregunta de un periodista. Decía nuestro Fundador: «el Opus Dei, desde que se fundó, no ha hecho nunca discriminaciones: trabaja y convive con todos, porque ve en cada persona un alma a la que hay que respetar y amar. No son sólo palabras; nuestra Obra es la primera organización católica que, con la autorización de la Santa Sede, admite como Cooperadores a los no católicos, cristianos o no. He defendido siempre la libertad de las conciencias. No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad»[8].

Desgraciadamente, el derecho civil a honrar y servir a Dios según el dictado de la propia conciencia, encuentra hoy grandes dificultades en muchos países. En no pocos lugares, como lamenta con dolor el Romano Pontífice, «los cristianos son actualmente el grupo religioso que sufre el mayor número de persecuciones a causa de su fe»[9]; una persecución que con frecuencia —hemos sido testigos de este hecho recientemente, una vez más— desemboca en el martirio. «En otras regiones —prosigue el Santo Padre—, se dan formas más silenciosas y sofisticadas de prejuicio y de oposición hacia los creyentes y los símbolos religiosos»[10]. Ocurre incluso en naciones de mayoría y de tradición cristiana multiseular. Ante estos abusos del poder, ningún hombre y ninguna mujer honrados deben permanecer indiferentes. «Todo esto no se puede aceptar, porque constituye una ofensa a Dios y a la dignidad humana; además es una amenaza a la seguridad y a la paz, e impide la realización de un auténtico desarrollo humano integral»[11].

No penséis que la situación actual sea inédita. Quizá en nuestros días se manifiesta con mayor extensión y con matices nuevos, también porque las comunicaciones son más fáciles y rápidas, aunque no siempre en la opinión pública se atribuye a la intolerancia religiosa el relieve que merece. Pero no supone algo nuevo en la historia, como Jesús mismo advirtió: «si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí (...). No es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra»[12].

\* \* \*

[1] Sal 95 [96] 1-3.

[2] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 183.

[3] Concilio Vaticano II, *Const. past. Gaudium et spes*, n. 22.

[4] Gal 5, 13 y 1.

[5] Jn 8, 32.

[6] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 26.

[7] Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2011, 8-XII-2010*, n. 3.

[8] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 44.

[9] Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2011, 8-XII-2010*, n. 1.

[10] *Ibid.*

[11] *Ibid.*

[12] Jn 15, 18-20.

Enero de 2012

A la luz del amoroso designio divino con la humanidad entera y con cada uno, adquieren su verdadero relieve los acontecimientos del año que acaba de concluir: la salud y la enfermedad, los éxitos y los fracasos, los acontecimientos felices y los dolorosos, lo que consideramos bueno y lo que nos pareció menos bueno... Qué bien lo expresó nuestro Fundador en aquel punto de Camino, cuando exhorta a levantar el corazón a Dios, «en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes. Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso... Dale gracias por todo, porque todo es bueno»[1].

Es cierto que en el mundo abundan los dramas y sufrimientos: catástrofes naturales que arrebatan la vida a millares de personas, focos de guerra y violencia en muchos lugares, enfermedades y carencia de bienes de primera necesidad en innumerables puntos de la tierra, divisiones y rencillas en las familias y entre los pueblos... A todo esto hay que añadir ahora la profunda crisis económica que afecta a muchos países, con tantos hombres y mujeres en paro forzoso.

Sin embargo, aunque la razón no llegue a entender el porqué de estas situaciones, la fe nos asegura que este tiempo nuestro «encierra ya, de forma definitiva e imborrable, la novedad gozosa y liberadora de Cristo salvador (...). La Navidad nos hace volver a encontrar a Dios en la carne humilde y débil de un niño. ¿No hay aquí una invitación a reencontrar la presencia de Dios y de su amor que da la salvación también en las horas breves y fatigosas de nuestras vidas cotidiana? ¿No es una invitación a descubrir que nuestro tiempo humano —también en los momentos difíciles y duros— está enriquecido incesantemente por las gracias del Señor, es más, por la Gracia que es el Señor mismo?»[2].

Hagamos memoria, hijas e hijos míos, de los innumerables beneficios recibidos en los meses que acaban de transcurrir. Podemos meditarlos en la intimidad de la oración. A pesar de nuestra poquedad personal, ha sido un año más de fidelidad a nuestra vocación cristiana en la Iglesia, siguiendo el espíritu de la Obra. Y podemos enumerar otros muchos beneficios: los frutos espirituales de un trabajo ofrecido a Dios y realizado con espíritu de servicio a las almas; las personas que, gracias al ejemplo y a la palabra apostólica de los hijos de Dios, se han acercado con intimidad al Señor o lo han descubierto en la trama de su existencia ordinaria; el comienzo de la labor apostólica estable de fieles de la Prelatura en nuevos países y su consolidación en otros; la llamada divina a servirle en el Opus Dei que el Señor ha dirigido a muchas personas en el mundo entero; la profunda remoción interior, las conversiones y vocaciones de entrega total, siguiendo los más variados caminos espirituales, que Dios ha suscitado en la Iglesia con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en el mes de agosto... Y tantos otros beneficios en la vida personal, familiar y social, que toca a cada uno descubrir y agradecer.

\* \* \*

[1] San Josemaría, Camino, n. 268.

[2] Benedicto XVI, Homilía en las I Vísperas de la solemnidad de María, Madre de Dios, 31-XII-2010.

Enero de 2013

En la gruta de Belén se manifiesta no sólo la infinita caridad de Dios a sus criaturas, sino también su insondable humildad. Ese Niño que emite sus primeros vagidos, que tiene frío, que está necesitado del calor de María y de José, es el Dios todopoderoso y eterno, que, sin abandonar el Cielo para venir a la tierra, quiso despojarse de la gloria de su divinidad: «siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres»[1]. Ante tan maravillosa realidad, se entiende que nuestro Padre exclamara con frecuencia: «¿por qué me quieres tanto, Señor?».

«La paradoja cristiana —comenta Benedicto XVI— consiste precisamente en la identificación de la Sabiduría divina, es decir, el Logos eterno, con el hombre Jesús de Nazaret y con su historia. No hay solución a esta paradoja, si no es en la palabra "Amor", que en este caso naturalmente se debe escribir con "A" mayúscula, pues se trata de un Amor que supera infinitamente las dimensiones humanas e históricas»[2].

Para que quedase claro que la humildad resulta imprescindible para recibir la luz de la Encarnación, la Escritura nos cuenta que los primeros testigos del anonadamiento divino — aparte de María y de José— fueron unos pobres pastores que velaban sus rebaños en los alrededores de Belén; gente llana y poco considerada por los demás. El Señor se fijó en ellos porque «lo que atrae la benevolencia de Dios es sobre todo la humildad del corazón»[3]. El mismo Jesús, años más tarde, dará gracias a su Padre celestial: «porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien»[4].

También los Magos reconocieron al Mesías porque fueron sencillos, generosamente atentos al signo divino. «Nuestro Señor se dirige a todos los hombres, para que vengan a su encuentro, para que sean santos. No llama sólo a los Reyes Magos, que eran sabios y poderosos; antes había enviado a los pastores de Belén, no ya una estrella, sino uno de sus ángeles (cfr. Lc 2, 9). Pero, pobres o ricos, sabios o menos sabios, han de fomentar en su alma la disposición humilde que permite escuchar la voz de Dios»[5].

Recuerdo con emoción las veces que san Josemaría ponía ante nuestros ojos la escena del nacimiento del Señor. Hablaba de la «cátedra de Belén», donde Jesús Niño nos imparte muchas lecciones; entre otras, y especialmente, la de la humildad, para que aprendamos a rendir nuestro orgullo y nuestra soberbia, contemplando al divino Infante. Admiramos además que, al fijarse en la Virgen María para hacerla Madre suya, le atrajo —hablando a lo humano— especialmente su humildad, su bajeza: «porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones»[6].

Esta disposición, que hemos de pedir al Señor, no excluye la aspiración a lograr más eficacia en la tarea que nos ocupa a cada uno, poniendo todos los medios humanos a nuestro alcance para mejorar, para honrar a Dios con nuestro quehacer. Al contrario, como expone el Santo Padre, «se trata de estudiar, de profundizar en los conocimientos manteniendo un espíritu de "pequeños", un espíritu humilde y sencillo, como el de María, la "Sede de la Sabiduría". ¡Cuántas veces hemos tenido miedo de acercarnos a la cueva de Belén porque estábamos preocupados de que pudiera ser obstáculo para nuestro espíritu crítico y para nuestra "modernidad"! En cambio, en esa cueva cada uno de nosotros puede descubrir la verdad sobre

Dios y la verdad sobre el hombre, sobre sí mismo. En ese Niño, nacido de la Virgen, ambas verdades se han encontrado: el anhelo de la vida eterna por parte del hombre enterneció el corazón de Dios, que no se avergonzó de asumir la condición humana»[7].

\* \* \*

[1] Flp 2, 6-7.

[2] Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.

[3] Beato Juan Pablo II, Discurso en la audiencia general, 6-XI-1996.

[4] Mt 11, 25-26.

[5] San Josemaría, Es Cristo que pasa, n. 33.

[6] Lc 1, 48.

[7] Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.

Enero de 2014

Aún resuenan en nuestra alma, en esta tierra nuestra, las palabras de los ángeles a los pastores de Belén, que hemos meditado en la pasada Navidad: «gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres en los que Él se complace»[1]. La glorificación de Dios por la encarnación y el nacimiento de su Hijo Unigénito se encuentran indisolublemente unidas a la paz y fraternidad entre las criaturas humanas. Si podemos y debemos llamarnos hermanos, se debe concretamente a que todos somos hijos de un mismo Padre, Dios, que nos ha creado a su imagen y semejanza, y porque el Verbo divino, al encarnarse como Cabeza de la humanidad, nos ha rescatado del pecado otorgándonos el don de la filiación divina adoptiva. Esta es la gran noticia que el ángel anunció en Belén no sólo a los hijos de Israel, sino a todos los hombres y mujeres: «mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo»[2].

La contemplación de Jesús en brazos de María, bajo la atenta mirada de José, ha llenado por completo nuestros pensamientos en estas fiestas santas. Al mirar atentamente a ese niño inerte, Creador de cielos y tierra, Verbo eterno de Dios que se ha hecho en todo igual a nosotros, excepto en el pecado[3], hemos prorrumpido en actos de adoración y en acciones de gracias, con la conciencia de que nunca pagaremos lo mucho que nos ama. Continuemos así en el año nuevo y siempre, acogiendo la repetida invitación de san Josemaría: «ut in gratiárum semper actióne maneámus». Permanezcamos en una acción de gracias constante, por todos los beneficios que el Señor nos ha dispensado y nos dispensará: los conocidos y los que no conocemos, los grandes y los pequeños, los espirituales y los materiales, los que nos han causado gozo y los que quizá nos han producido un amago de tristeza. Con nuestro Padre os insisto, y me lo digo a mí mismo: demos «gracias por todo, porque todo es bueno»[4].

Comenzamos la segunda parte del tiempo de Navidad con la solemnidad de la Maternidad divina de María. Nuestra mirada se fija ahora con mayor atención en esa criatura sin par que de ese modo tan sencillo — «ecce ancilla Dómini»[5] — dio paso a la encarnación del Verbo y nos ha convertido en hijos de Dios en Jesucristo; hermanos con una fraternidad más fuerte que la del común origen de Adán y Eva. «¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya — "fiat" — nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. — ¡Bendita seas!»[6]. Se realiza así una de las más profundas aspiraciones del corazón humano: «un anhelo indeleble de fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer»[7].

Querer a nuestros semejantes con verdadero amor fraterno, constituye una de las características esenciales del mensaje cristiano. Lo subrayó el mismo Jesús a los Apóstoles: un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como Yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos[8]. Y comenta nuestro Padre: «es necesario actualizar esa fraternidad, que tan hondamente vivían los primeros cristianos»[9]. ¿Tú y yo qué hacemos? ¿Cómo rezamos por todos los pueblos? ¿Cómo nos interesa su vida?

El mandamiento nuevo del Señor ayuda a comprender que la fraternidad cristiana no se reduce a mera solidaridad, no se queda en cuestión de afinidades de carácter, de intereses comunes, de simpatía meramente humana. Busca descubrir a Cristo en los demás; más aún, lleva a parecerse más y más a Él, hasta poder afirmar que somos «*alter Christus*, otros Cristos; *ipse Christus*, el mismo Cristo». Esta aspiración se traduce en amar y servir a nuestros semejantes como el Señor los sirve y los ama (...).

En los días pasados, meditando una vez más las homilias de nuestro Padre —os recomiendo que volváis una vez y otra sobre esos textos, que enriquecerán vuestra vida interior—, me he detenido en unas palabras que expresan con mucha claridad el porqué del nacimiento de Jesús. «Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios»[10].

\* \* \*

[1] Lc 2, 14.

[2] Ibid ., 10.

[3] Cfr. Hb 4, 15.

[4] San Josemaría, Camino, n. 268.

[5] Lc 1, 38.

[6] San Josemaría, Camino, n. 512.

[7] Papa Francisco, Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2014, 8-XII-2013, n. 1.

[8] Jn 13, 34-35.

[9] San Josemaría, Conversaciones, n. 61.

[10] San Josemaría, Es Cristo que pasa, n. 106.

Enero de 2015

Hoy, 1 de enero, celebramos la solemnidad de la Madre de Dios, que el Señor nos ha dado como Madre nuestra. Ella es el camino elegido por Dios Padre para que su Hijo unigénito se hiciera hombre, por obra del Espíritu Santo. A María se dirige también nuestra gratitud. Le damos gracias porque con su respuesta en el momento de la Anunciación, y con su presencia fuerte y silenciosa al pie de la Cruz, nos ha abierto la senda de la filiación divina. Con palabras de san Josemaría le manifestamos: «¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. —¡Bendita seas!»[1].

(...) Todo momento es bueno para elevar esta petición al Cielo, y con más motivo en las fiestas de Navidad, que arrojan una luz diáfana sobre el plan divino para el género humano. Los ángeles anunciaron a los pastores «una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor»[2]. La humanidad entera se presenta como destinataria de esta buena nueva. San Lucas lo relata escuetamente: «vinieron presurosos y encontraron a María y a José y al Niño reclinado en el pesebre»[3]. Al principio, Dios creó al varón y a la mujer con igual dignidad, estableciendo la primera familia humana, y les dio el mandato de dominar el universo material y poblar la tierra[4]. Aquí se fundamenta la raíz de la institución familiar. Pero el acontecimiento de Belén va mucho más allá: Dios mismo, en su condescendencia infinita, se ha encarnado en el seno de una familia, mostrando así su voluntad para el desarrollo ordenado de la humanidad. La familia de Belén aparece como modelo de todos los hogares de la tierra.

En la primera de las catequesis sobre este tema, el Papa Francisco comenta que «la encarnación del Hijo de Dios abre un nuevo inicio en la historia universal del hombre y de la mujer. Y este inicio sucede en el seno de una familia, en Nazaret. Jesús nació en una familia. Él podía venir espectacularmente, como un guerrero o un emperador... No, no. Viene como un hijo de familia, en una familia. Por eso es importante mirar en el pesebre esta escena tan bella»[5].

«El nacimiento de Jesús significa, como refiere la Escritura, la inauguración de la plenitud de los tiempos (cfr. Gal 4, 4), el momento escogido por Dios para manifestar por entero su amor a los hombres, entregándonos a su propio Hijo. Esa voluntad divina se cumple en medio de las circunstancias más normales y ordinarias: una mujer que da a luz, una familia, una casa. La Omnipotencia divina, el esplendor de Dios, pasan a través de lo humano, se unen a lo humano. Desde entonces los cristianos sabemos que, con la gracia del Señor, podemos y debemos santificar todas las realidades limpias de nuestra vida. No hay situación terrena, por pequeña y corriente que parezca, que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo y etapa de nuestro caminar hacia el Reino de los cielos»[6].

La unión conyugal fue establecida por Dios desde el momento de la creación del hombre y de la mujer, pero, por desgracia, se descuida ahora en tantos lugares. ¡La familia está tan maltratada! Se quieren presentar como normales situaciones que constituyen un ataque durísimo al designio creador y salvador de Dios. En muchos lugares y ambientes —no solamente por parte del pueblo, sino de las mismas autoridades públicas, mediante leyes y decisiones de gobierno—, se debilita la institución familiar o incluso se intenta convertirla en algo muy distinto. No se pecatan —el demonio es muy hábil para cegar las inteligencias— de que, vaciando el concepto de familia, se causa un daño inmenso a la sociedad civil.

El domingo pasado hemos celebrado la fiesta de la Sagrada Familia. Ese día, como todos los años, hemos renovado la consagración de nuestros padres, hermanas y hermanos, a la Sagrada Familia de Nazaret, como nuestro Fundador estableció para esa fecha; y hemos invitado a nuestros

parientes y amigos, y a cuantas personas participan en la labor apostólica de la Prelatura, a unirse a nosotros en ese acto. Como siempre, hemos pedido por todos los hogares cristianos de la tierra, para que sean y vivan conforme al divino modelo que se nos ha mostrado en Belén y en Nazaret (...).

Supliquemos al Señor, por intercesión de la Virgen y de san José, que en los Centros de la Obra, en las casas de los demás fieles y cooperadores de la Prelatura, de nuestros amigos y parientes, y en todos los hogares cristianos, se refleje el ejemplo de la Sagrada Familia. Contemplar a Jesús, María y José nos ha de impulsar a estar pendientes de los demás, como lo hicieron ellos. Hemos de rezar a diario y ocuparnos de sus necesidades espirituales y materiales, de su descanso, del orden y decoro material de la casa, que ha de ser un espejo del hogar de Nazaret. No consideremos jamás estos deberes como un peso, sino como estupendas ocasiones de servir.

En el seno la familia de Nazaret, Jesucristo fue testigo de tantos detalles de delicadeza, de tantas manifestaciones de cariño. Cuando comenzó la vida pública, le conocían por sus orígenes familiares: «¿No es éste el hijo del artesano? ¿No se llama su madre María?»[7]. Qué bueno sería que, al observar nuestro comportamiento de fieles seguidores de Cristo, las gentes pudieran afirmar: se nota que esta persona imita el ejemplo de Jesús, porque custodia el ambiente de su hogar, porque lo lleva consigo a todas partes, porque trata de que los demás participen de esa alegría y de esa paz.

\* \* \*

[1] San Josemaría, Camino, n. 512.

[2] Lc 2, 11.

[3] Lc 2, 16.

[4] Cfr. Gn 1, 26-28.

[5] Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 17-XII-2014.

[6] San Josemaría, Es Cristo que pasa, n. 22.

[7] Mt 13, 55.

## MADRE DE DIOS, MADRE NUESTRA

Enero de 2016

Nos llenamos de gozo al rezar en la antífona de entrada de la Misa de hoy: «Salve, sancta Parens...»; salve, santa Madre de Dios, porque has dado a luz al Rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos[1]. Nos causa una enorme alegría confesar nuestra fe en la Maternidad divina de María, raíz de los demás privilegios con los que la Trinidad adornó a Nuestra Señora. Dios la creó inmaculada y la colmó de la gracia, para que también su cuerpo virginal estuviese como predispuesto para engendrar al Hijo de Dios en la carne[2]. ¡Qué maravilla! Bien podemos decir a la Madre de Dios y Madre nuestra: «¡Más que tú, sólo Dios!»[3].

Comprendemos el entusiasmo de los cristianos de Éfeso, ciudad donde se celebró el Concilio ecuménico que definió este dogma de fe en el año 431. «La historia nos ha conservado testimonios de la alegría de los cristianos ante estas decisiones claras, netas, que reafirmaban lo que todos creían»[4]. Lo recuerda san Josemaría en una de sus homilías, con palabras tomadas de san Cirilo de Alejandría, que desempeñó un papel importante en esa asamblea ecuménica: «El pueblo entero de la ciudad de Éfeso, desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, permaneció ansioso en espera de la resolución... Cuando se supo que el autor de las blasfemias había sido depuesto, todos a una voz comenzaron a glorificar a Dios y a aclamar al Sínodo, porque había caído el enemigo de la fe. Apenas salidos de la iglesia, fuimos acompañados con antorchas a nuestras casas. Era de noche: toda la ciudad estaba alegre e iluminada»[5]. Y comenta nuestro Padre: «así escribe San Cirilo, y no puedo negar que, aun a distancia de dieciséis siglos, aquella reacción de piedad me impresiona hondamente»[6]. Todavía tengo en la memoria la ocasión en que fuimos a Loreto, en 1971. No pudimos entrar en la casa de la Anunciación, porque estaba ya cerrada. San Josemaría se puso de rodillas, agarrado a los barrotes de la cancela, mientras decía: «¡Madre, Madre mía y Madre nuestra!» Y allí volcó su amor y el de sus hijos y de sus hijas de todos los tiempos. Habíamos llegado a la basílica un poco mareados a causa de la carretera, llena de curvas; pero eso no fue obstáculo para su oración y su agradecimiento a nuestra Madre del Cielo.

¡Madre de Dios!, exclamaban también aquellos antiguos cristianos de Éfeso, rebotantes de gozo ante la proclamación de esa verdad. Y lo mismo confesamos hoy nosotros. «Salve, sancta Parens...», ¡salve, santa Madre de Dios!... La primera oración mariana que ha llegado hasta nosotros es una petición dirigida a la Virgen por los cristianos de Egipto, en el siglo III, invocándola como Madre de Dios: «sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Génatrix...»; nos acogemos bajo tu protección, santa Madre de Dios: no desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestra necesidad, antes bien, sálvanos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita[7]. San Josemaría la recitaba a diario, seguro del Refugio de los brazos de Santa María.

«Quiera Dios Nuestro Señor que esta misma fe arda en nuestros corazones, y que se alce de nuestros labios un canto de acción de gracias: porque la Trinidad Santísima, al haber elegido a María como Madre de Cristo, Hombre como nosotros, nos ha puesto a cada uno bajo su manto maternal. Es Madre de Dios y Madre nuestra»[8].

\* \* \*

[1] Misal Romano, Solemnidad de Santa María Madre de Dios, Antífona de entrada.

[2] Cfr. Santo Tomás de Aquino, Comentario al evangelio de san Juan, cap. 1, lect. 10.

- [3] San Josemaría, Camino, n. 496.
- [4] San Josemaría, Amigos de Dios, n. 275.
- [5] San Cirilo de Alejandría, Epístola 24 (PG 77, 138).
- [6] San Josemaría, Amigos de Dios, n. 275.
- [7] Oración Sub tuum præsidium.
- [8] San Josemaría, Amigos de Dios, n. 275.